

II
SEMINARIO
INTERNACIONAL
DE

EDUCACIÓN Crítica PARA LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO

MADRID - JUEVES 1, VIERNES 2 Y SÁBADO 3.

Las razones de la crisis que no nos cuentan, o cómo se hace la lucha de clases desde arriba
04-02-2012

Andrés Piqueras
Rebelión

En las sociedades europeas centrales a finales de la década de los 60 del siglo XX y muy especialmente a partir de la quiebra económico-energética de 1973, se evidenciaría el cierre del modelo de crecimiento keynesiano, ligado a lo que se llamó el “capitalismo organizado”, que entrañaba a su vez la prevalencia de la opción reformista o “socialdemócrata” en las relaciones Capital/Trabajo.

Dan cuenta de esa quiebra un par de razones estructurales, nunca aludidas en las pseudo-explicaciones de la crisis que machaconamente nos proporcionan desde todo tipo de plataformas y de medios de difusión de masas.

Por un lado, la automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que se supone inherente a la acumulación capitalista, tiende a la mayor utilización de (e innovación en) tecnologías intensivas en capital. Estas últimas entrañan una significativa menor utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido, lo que además de provocar una tendencia hacia la eliminación de empleos implica una consecuencia realmente grave para el funcionamiento capitalista, que es la sobreacumulación de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar (digamos que al reducirse la masa de valor representada por la fuerza de trabajo, se restringen cada vez más los impactos de los aumentos de la productividad en la elevación de la tasa de plusvalía, y se limita también la conversión de plusvalía extraordinaria en ganancia extraordinaria, que es el objetivo básico de la inversión capitalista). Este proceso transcurre paralelo a otro de igual calibre, y es que la tecnificación de los procesos productivos va dejando cada vez menos tiempo de trabajo excedente del que apropiarse para la obtención de plusvalía, ya que el trabajo necesario de los seres humanos (la mano de obra) va quedando más y más reducido con el desarrollo tecnológico. Esto implica que con cada aumento de composición orgánica de capital el aumento proporcional de la plusvalía es menor.

Por otra parte, se desata una feroz batalla en torno al I+D, que deviene cada vez más onerosa, dado que la rápida caducidad tecnológica no permite la satisfactoria amortización del capital invertido.

Estos procesos están en la base de la crisis de valorización del capital, que es la causa profunda o histórica de la crisis que padecemos en la actualidad, que no es sino la prolongación angustiosa de aquélla.

En todo este tiempo el capitalismo se ha desorganizado de nuevo a través de su versión “neoliberal”, dejando de lado la reforma progresiva de sí mismo y emprendiendo una ofensiva unilateral de clase en todos los frentes contra la población que vive de su trabajo.

Toda una trama de recetas “neoliberales” se pusieron en marcha, si no para salir de esa crisis (que en sí misma el capital no puede exorcizar), al menos para huir de ella hacia adelante. Entre las más importantes:

1. Aumentar la explotación de la fuerza de trabajo. Tanto extensiva (duración de la jornada, horas extras, aumento de días de trabajo anuales, elevación de la edad de jubilación...), como intensiva (a través del propio proceso de tecnificación de los procesos productivos y, en general, de desarrollo de fuerzas productivas).

Esto se hizo con relativa escasa resistencia de la población gracias a la alta capacidad de sustitución de la fuerza de trabajo que proporcionaron al capital principalmente tres factores: a) el incremento del ejército de reserva mundial que se produjo con la entrada del Segundo Mundo (URSS, China, etc.) en la órbita capitalista, con una fuerza de trabajo enormemente más barata; b) una fuerza de trabajo migrante a escala global, lista para desempeñar el papel de ejército de reserva a discreción; c) la deslocalización empresarial, que significa que son las empresas las que emigran allá donde los costos de capital variable y circulante son menores y las exacciones fiscales mayores.

Con ello el poder social de negociación de la población trabajadora se fue a pique, y la fortaleza sindical (de unos sindicatos que además habían adaptado sus estructuras y estrategias a la época de los pactos y a la institucionalización del conflicto) quedaba seriamente mermada.

Esto queda patente en la pérdida de poder adquisitivo de la fuerza de trabajo en general, así como en el reparto de la riqueza social. En el Reino de España, la participación depurada de los salarios bajó de casi el 75% al 61% del PIB, calculado según costes de factores, entre 1967 y 2007, lo que es congruente con el hecho de que el salario promedio real esté prácticamente estancado desde principio de los años 80.

En cuanto al aumento del tiempo de trabajo, para los años 1999 y 2002, según el CIS (Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo”), un 46,4% de los trabajadores prolonga su jornada laboral más allá de la jornada nominal, y la quinta parte del conjunto de la población asalariada (un 22,3%) lo hace sin compensación económica. Los asalariados a tiempo completo, según Eurostat¹, trabajan un promedio de 8,5 horas extra a la semana, de las cuales 4,7 horas no son pagadas (lo que quiere decir que más del 10% de la jornada laboral regular acordada por convenio se le regala a la patronal). No hablemos ya de la temporalidad o en general precariedad laboral del mercado de trabajo español.

2. Recortar la parte de contribución al conjunto social que aporta el gran empresariado. En general, eximir de impuestos a los ricos, al tiempo que se aumenta la carga impositiva sobre la población trabajadora.

Así, tomando de nuevo el ejemplo español, si en 2005 las rentas del trabajo sufrían una carga impositiva del 16,4%, las rentas del capital sólo tenían un 7,4%, es decir, menos de la mitad. Trece años después, en 2008, la situación apenas ha variado: 16,7% para las rentas del trabajo, 8,6% para las del capital. Esto hace que lo recaudado en la actualidad de la población trabajadora sea más de 9 veces el monto total recaudado del mundo del capital. Todo ello sin contar la evasión fiscal consentida, como consentidos están los paraísos fiscales.

Según el GESTHA, organismo de los cargos técnicos e inspectores de Hacienda (<http://www.gestha.es/>), las grandes fortunas y empresas españolas evadieron 42.771 millones de euros sólo en 2010. Si a ello añadimos la evasión de la pequeña y mediana empresa, según esa misma fuente, obtenemos 59.032 millones. Sumando a esto el fraude a la seguridad social que se realiza a través de la economía sumergida, nos da la enorme suma de unos 90.000 millones de euros. Los recortes sociales impuestos por el gobierno del PSOE para el periodo 2010-2013 ascienden a 50.000 millones de euros. Es decir, se podría no hacer un solo recorte si los ricos pagaran lo que les corresponde (que ya de por sí es proporcionalmente muy poco en comparación con lo que paga el resto de la sociedad).

3. Reducir los servicios y gastos sociales en el conjunto de la población.

Ya antes de la crisis de finales de la primera década de los 2000, si miramos los datos del Reino de España en protección social, entre 1994 y 2005 se redujeron esos gastos del 22,8 al 20,8% del PIB². En la UE, a pesar de estar mucho más altos, como promedio también descendieron esos gastos: entre 1993 y 2002 pasaron del 27,4 al 26,9% del PIB³.

4. Apropiarse privadamente de los bienes públicos (esto es, la reprivatización o lo que se ha llamado también acumulación privada por desposesión colectiva).

Esto afecta tanto a los servicios públicos (sanidad, educación, transporte, comunicaciones, etc.), como a las infraestructuras (red viaria, instalaciones...), como a la riqueza natural o ecológica (territorios, recursos naturales, patentización del genoma de las especies...), etc.

5. Reducir sustancialmente el capital destinado a la inversión en producción, dado que ésta ya no es tan rentable por sobreacumulación, y dedicarlo al préstamo y al 'juego' bursátil, esto es, básicamente a la especulación. Como si imparablemente el dinero pudiera generar dinero por sí mismo, fuera de la producción. Pero como eso sólo era un espejismo lo que se generó fue una enorme pirámide invertida de capital de crédito-deuda y especulativo en relación al capital real. Es decir, se creó una ingente suma de capital ficticio.

El Bank for International Settlements en su Quarterly Review de junio de 2011, reportaba haber recibido datos bancarios hasta diciembre de 2010 por un total de 601 billones de dólares en derivados emitidos, lo que supone más de 10 veces el PIB mundial. Otras fuentes consultadas por el Observatorio Internacional de la Crisis (<http://www.observatoriodelacrisis.org/>), sin embargo, estiman ese monto de capital ficticio en torno a 30 veces la riqueza mundial "real" (es decir, en torno a los 1200 billones de dólares!).

Esto ha sido posible gracias a la desregulación del sistema bancario y de las finanzas, que ha permitido crecer a costa de endeudamiento (proceso que recibe el nombre de "apalancamiento"). En este caso hablaríamos de "crecer ficticiamente" (dado que el apalancamiento ha sido a costa de un capital "ficticio"). Al mismo tiempo, los Estados hacen dejación de su soberanía, permitiendo que los Bancos Centrales se independicen de ellos, mientras que ellos mismos pasan a emitir títulos de deuda en los mercados financieros mundiales, con lo que entran como cualquier otra entidad en el "rating internacional de riesgo" dictaminado por agencias privadas, obligándose a llevar a cabo políticas ortodoxas monetarias y fiscales subordinadas a los intereses del capital financiero internacional.

A pesar de todo ello, el intento de resolución de la crisis de valorización a través del empobrecimiento de las poblaciones y del detrainment del gasto público, ha venido generando más y más obstáculos para la realización de la ganancia (que sólo se puede consumir mediante la venta). Esto se conoce como crisis de realización que, por mucho que se haya intentado regatear a costa del crédito, la caducidad cada vez más prematura de los productos o el consumo de lujo entre otras opciones, no ha hecho sino agudizarse con los crecientes recortes salariales y sociales, agravando aún más, consecuentemente, la ya cronificada crisis de valorización, pues se entra en un bucle de sobreproducción-subconsumo, como causa derivada, del que en otros momentos históricos sólo se salió a través de la guerra o la expansión económica a nuevos territorios.

Lejos de atacar ese bucle, las medidas que se toman son sólo de evasión, destinadas a dar un poco más de tiempo a los grandes capitales. Porque en sí mismas son procíclicas, esto es, tendentes a perpetuar y reforzar la crisis. Así el creciente retraimiento de la inversión del Estado, la disminución de los servicios sociales, la bajada de salarios, el aumento de impuestos a la población trabajadora, la pérdida general del poder adquisitivo de las poblaciones y la drástica disminución del consumo conllevan la acentuación de la crisis de realización (esto es, a dificultar la venta que es como se realiza la ganancia capitalista). Socavan tan drástica como patentemente, además, los ingresos del Estado y por tanto su capacidad para intervenir como agente económico.

De todo esto se percata cualquiera. El capitalismo histórico no pudo salir de ninguna gran depresión sin una fuerte inyección de gasto público, sobre todo desde que alcanza su fase de monopolización en el último cuarto del siglo XIX. Sólo el fortalecimiento de los servicios y, en general, de la economía pública, podría dar algo más de margen a la acumulación capitalista. Luego, la pregunta clave es ¿porqué se están llevando a cabo políticas económicas procíclicas, esto es, tendentes a la depresión?

No valen las respuestas que apelan al "despiste" o a la "falta de cordura", como se repiten por doquier últimamente cuando ya no parecen quedar otras "salidas" para explicar la crisis sistémica en la que nos encontramos.

Mejor ofrezcamos aquí algunas otras posibilidades de respuesta, que pasan por distintas claves:

I. Claves de relación de clase.

1. Hay un profundo cambio en la composición interna del poder mundial y de los poderes en cada formación socio-estatal. La lucha de poder entre las clases dominantes y entre las distintas expresiones del capital, nos llevan a un escenario en el que el capital financiero mundial trata de hacerse con el mando del sistema, estrangulando el poder del capital productivo, y en que las entidades estatales siguen actuando para sí, más allá de la dimensión universal del capital, con la consiguiente pugna de intereses también entre las distintas burguesías estatales, combinada con la tradicional supeditación de las burguesías de las formaciones más débiles (lumpenburguesías y burguesías delegadas) a las de las más fuertes.
2. Sin embargo, ambos capitales (productivo y de interés-especulativo), junto al rentista, así como unas y otras burguesías estatales, se coordinan y aprovechan la coyuntura para reestructurar el poder de clase y golpear la fuerza histórica conseguida por el Trabajo, rebajando al máximo su poder social de negociación y desbaratando todos los dispositivos de preservación de esa fuerza y de regulación de la relación Capital/Trabajo, así como las formas institucionalizadas de pacto de clases, propias del “capitalismo organizado” keynesiano, e incluso del Estado popular o populista de muchas de las formaciones periféricas. Deprimiendo en general, más allá de ciertas excepciones que merecen análisis aparte (el grupo ALBA en América Latina, por ejemplo), las condiciones sociolaborales de las poblaciones.

II. Claves económico-estratégicas y geoestratégicas (político-militares).

Asistimos también a una lucha entre Estados vinculados al capital financiero-especulativo (los anglosajones, especialmente) y los ligados al capital productivo-extractivo (Alemania, China, Rusia, sobre todo).

Cruzándose con ella, se da la pugna del hegemón actual (EE.UU.) y países centrales subordinados (buena parte de la UE occidental, Japón, Canadá, Australia), con el potencial hegemón del siglo XXI (China), más sus posibles aliados (¿Rusia?). Las claves pasarán por un lado, por la toma de postura de unas y otras formaciones periféricas (especialmente India y los países decisivos de América Latina). Por otro, esas claves estarán vinculadas a la evolución de las crecientes rivalidades entre las potencias centrales y la decantación estratégica futura de la Gran Alemania (que puede ser la sustituidora de la UE, una vez que haya terminado de adueñarse de Europa o al menos de desencuadernar la capacidad agencial del resto de formaciones estatales europeas).

Estas medidas o procesos tienen, no obstante, al menos dos grandes elementos contradictorios y una constatación de gran importancia.

Las contradicciones:

1. El permanente socavamiento del capital productivo implica el estrangulamiento del propio modo de producción capitalista, pues sólo de él se genera la acumulación de capital.
2. Al mismo tiempo, al destruir la capacidad adquisitiva de los productores, se destruye, como hemos indicado ya, la de los consumidores (pues en el sistema capitalista unos y otros son los mismos y constituyen el único sustento final de la producción capitalista, dado que tanto las entidades empresariales como estatales son sólo consumidores intermedios del consumo final, que es el de la población).

La constatación es que no hay nadie al frente de la nave capitalista, no hay una entidad de comando. Lo cual ha sido el gran déficit de la universalización del sistema capitalista como Sistema Mundial: su incapacidad de desarrollar una entidad rectora del tipo del Estado que generó para su fase de acumulación socio-nacional.

A partir de todo ello, además, podemos atrevernos a formular algunas posibles implicaciones, aunque sea (todavía) en forma de preguntas.

La ruina consciente de sus propias bases de existencia, ¿quiere decir que de alguna manera el Capital está haciendo las maletas hacia otra forma de dominación? Si es así, ¿cuál?:

- ¿Una forma de extremación del capitalismo salvaje a escala mundial, funcionando a partir de un todavía muchísimo más reducido número de consumidores que en la actualidad?
- ¿Un postcapitalismo, con otras formas de acumulación-dominación y de apropiación de los (cada vez más escasos) recursos?

Para ambas salidas necesitaría de medidas drásticas frente a la Humanidad, y éstas pasarían de forma necesaria por la opción bélica a gran escala. Podría estar combinada con otros procesos catastróficos de carácter sanitario-epidémico y ecológico.

Irreformismo del sistema

En cualquier caso, y de momento, esta guerra de clases desde arriba, unilateralmente desatada por el Capital cuando en las formaciones centrales el Trabajo más amodorradamente integrado en el orden capitalista de consumo se encontraba (por más que en las últimas décadas fuera gracias al crédito –también en gran parte “ficticio”-), y en las periféricas ese consumo y niveles de vida se habían convertido en la aspiración legitimadora del sistema, no hace sino proclamar el agotamiento de las posibilidades del reformismo, parejo a la crisis sistémica y civilizatoria a que con toda probabilidad conducirá el colapso de la acumulación capitalista en sus núcleos centrales. El acoplamiento de las formaciones periféricas y la crisis ecológica nos dirá hasta qué punto y hasta cuándo será posible que esa acumulación se traslade a éstas.

Mientras tanto, el resultado es una acentuada deslegitimación del orden socioeconómico que la alternancia de dos partidos en las diferentes elecciones presidenciales no podrá frenar por mucho más tiempo⁴. Entramos, forzados por el desgaste del sistema y la ofensiva del gran capital, en una más que probable nueva era de enfrentamientos de clase. Estos se verán adaptados, más pronto o más tarde, a los nuevos contextos de dominación y de acumulación del capitalismo degenerativo. Su dinámica antagónica y sus resultados irán proporcionando los elementos constructivos del mundo del siglo XXI.

Se hace, en cualquier caso, cada vez más probable que en su desesperada salida cortoplacista, el mundo rico despierte al monstruo que dormía, al que tanto ha temido siempre: las fuerzas del trabajo organizado (y sublevado).

* El autor es miembro del Observatorio Internacional de la Crisis

Notas:

1 Ver para los datos citados aquí, Hans Schweiger y Antonio Rodríguez, “La participación de los salarios”, en Taifa, seminari d’economia crítica, nº 4. Barcelona, 2007.

2 Colectivo IOE. Barómetro social de España. Análisis del periodo 1994-2006. Traficantes de sueños. Madrid, 2008.

3 Vicenç Navarro. El subdesarrollo social de España. Ediciones de Diario El Público. Madrid, 2009.

4 La creciente ilegitimidad e ingobernabilidad de las expresiones sociopolíticas capitalistas irán probablemente aconsejando a las clases dominantes hacer gobiernos de “concertación nacional”, e ir asumiendo directamente la dirigencia del Estado, desplazando al cuerpo de gestores-administradores intermediarios entre ellas y el resto de la población.

II
SEMINARIO
INTERNACIONAL
DE

EDUCACIÓN Crítica PARA LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO

MADRID - JUEVES 1, VIERNES 2 Y SÁBADO 3.

Socialismo 21: Cuatro puntos para el debate inmediato
13-11-2011

Andrés Piqueras
Rebelión

Punto 1. Las elecciones del 20N no serán sino un gran fraude, en el que se intenta plebiscitar la contrarreforma termidoriana a la fase de pactos Capital/Trabajo propia del keynesianismo de mínimos que se instauró en las sociedades centrales de postguerra, una vez derrotadas las fuerzas demócratas radicales-socialistas.

Lo que puede incidir la ciudadanía con su voto cada vez afecta menos a las dinámicas del capital, regidas por organismos supraestatales y corporaciones fuera del alcance de aquél. El pánico que esas dinámicas e instituciones tienen a la democracia ha quedado bien claro a través del amago de referendum en Grecia. Sólo les ha faltado amenazar con el bombardeo del país.

No olvidemos que las elecciones dentro del marco del tardocapitalismo sirven sobre todo para:

- Comprobar el grado de fidelización conseguido con la población respecto de un determinado modo de dominación
- El grado de subordinación ideológica de la sociedad
- La falta de alternativas de las clases subordinadas

Concomitantemente a todo ello, las “elecciones” distraen la atención hacia la alternancia del Bipartido que es presentada sin cesar, cada nueva convocatoria, como un “cambio”. Éste es propagandizado como elemento proteico o demiurgo salvador de males por sí mismo.

Sin embargo, la degeneración sistémica, la decadencia de la situación económica a escala local y el ahondamiento en el deterioro social provocarán que en más y más formaciones sociales se tienda a constituir gobiernos de concertación nacional, más allá del juego partidista propio de las plutocracias tardocapitalistas (cada vez más devenidas en cleptocracias). El Capital cierra filas en orden a reestructurar el modo de dominación, aumentando al tiempo la explotación y desposesión social.

La estrategia de la izquierda transformadora, por tanto, debe estar puesta en el tenebroso proceso postelectoral que aguarda y en las reacciones populares que vayan surgiendo en el mismo. Esto no significa descuidar la táctica electoral inminente.

Punto 2. Ni el Reino de España ni otros países fuertemente endeudados pueden pagar la deuda que tienen. Esta es sólo una coartada para desmantelar el Estado y terminar de hincar de rodillas al conjunto de la sociedad. El capital transnacional, especialmente el financiero, ha decidido hace tiempo romper los pactos de clase y dar por finiquitada (al menos por un tiempo imprevisible) la opción reformista del sistema.

La represión plurifacética y versátil sobre la contestación social que se da en forma de multitud se hará cada vez más patente. La represión político-económica-policial-judicial sobre la izquierda organizada no integrada será proporcional a esa ofensiva.

El debilitamiento y marginación de la izquierda integrada será concomitante a esos pasos a la vez que consecuencia de los mismos.

Sorprendentemente, frente a este panorama, la izquierda integrada sigue apostando principalmente por las dinámicas y cauces del capitalismo keynesiano en extinción, y con propuestas acordes al mismo, sin gastar apenas energías en la politización de las conciencias ni en la acumulación de fuerzas en la calle, o cuanto menos en generar sinergias con las que brotan, estrategia a la que parece que renunció desde esa edad dorada keynesiana.

Pero descuidada la correlación de fuerzas para aplicar esas reformas propuestas, sus programas sólo pueden acarrear un reformismo digerible por el sistema, en el mejor de los casos, o devenir mera retórica electoralista, en el peor.

Habría que sopesar en cada caso si tal proceder es intencional (“estratégico”) o es simple cortedad de miras.

Punto 3. La izquierda integral debe de forma perentoria y concluyente, sin más dilación ni titubeos, decidir si da el Gran Salto para romper con este orden de cosas, hacia las reformas no reformistas. Si es así, debe estar preparada para consensuar las líneas estratégicas básicas de esas reformas, así como para proponerlas al resto de la sociedad y defenderlas en todos los ámbitos sociopolíticos y laborales.

Es una obligación ineludible proclamar que sí que hay alternativas, que se tiene proyecto y posibilidades de llevarlo a cabo. De lo contrario nunca se podrá ejercer una labor hegemónica en la atracción de las fuerzas sociales (como izquierda organizada no tiene sentido, más bien es suicida, dar a elegir a las gentes entre “la catástrofe o el caos”).

A continuación, pues, unas referencias básicas para debatir sobre los puntos fuertes de una posible estrategia de transformación:

- La deuda no debe pagarse
- Con los miles de millones ahorrados en pagos de deuda e intereses de la misma hay que hacer todo un programa de inversiones estatales para no sólo reactivar sino engrandecer el sector público social, generando a medio plazo mejora en la calidad de vida de la población y en su seguridad social. Éstas se retroalimentarían con servicios de calidad capaces de proporcionar empleos a más partes de la propia población.
- Esas medidas se reforzarían con una profunda reforma fiscal destinada a extraer los ingentes recursos que el capital no está aportando, bien por la vigente imposición regresiva, bien por fraude directo.
- Hay que establecer una moneda interna de pago a escala estatal para aquellas naciones del hasta ahora Reino de España que quieran confluir en ese proyecto (con miras a la superación del Reino de España en una segunda fase hacia la república confederal o federal ibérica de los pueblos que quieran constituir la). Esa moneda podrá complementarse con diversas monedas sociales, propias del fortalecimiento de economías de base autogestionaria de intercambio.
- Esto va unido a la generación de otras formas de producción-consumo, destinadas al ahorro masivo de energía, que pasa por la eliminación acelerada del transporte privado, de la obsolescencia programada de las mercancías (con más tiempo de vida útil se necesitaría consumir menos constantemente y por tanto gastar menos, esto es, trabajar menos también), así como de la fabricación masiva de éstas y en general de las actividades públicas y privadas altamente energívoras y contaminantes, abandonando la economía del crecimiento.
- Ello implica también reducir al máximo importaciones y empezar de una vez a sentar las bases de una economía de lo necesario, con un mercado cada vez más “sujetado” por la sociedad.
- Mientras se frena el crecimiento material, hay que generar desarrollo de servicios y bienes de consumo cada vez más asociados a valores de uso realmente útiles (en vez de su actual prevalencia como valores de cambio a menudo sólo útiles para la ganancia privada).
- La nacionalización de la gran banca, de los recursos energéticos y las industrias de carácter estratégico

permitirían también una holgada fuente de recursos para la inversión en calidad de vida de la población. Se elimina la banca especulativa para mantener fundamentalmente la banca pública de inversión.

- Es imprescindible realizar una profunda reforma laboral en orden a democratizar la gestión productiva, pero también el consumo, así como aumentar el salario real de la población (al aumentar los salarios reales, aumenta también la capacidad de consumo de bienes útiles, se reactiva la economía -una nueva economía-) y acortar drásticamente las distancias salariales entre ella, para lo que es imprescindible atacar la división sexual del trabajo y la que se basa en la distinción nacional/extranjero.
- Los empleos generados en el sector de la economía social, la cooperativización creciente del trabajo y la rotación de empleos en el sector industrial “tradicional” (crecientemente sustituido por nuevos tipos de industria) implica la posibilidad de incrementar enormemente el empleo en la población, trabajando menos horas y durante menos tiempo de vida (acortamiento de la edad de jubilación), y cada vez menos para patronos individuales, con miras a ir construyendo una economía alternativa total.
- A ello contribuirá la necesaria reforma agraria, para distribuir las tierras a millones de personas, en una recampesinización del campo, en orden a generar una agricultura mayoritariamente de producción local de autoconsumo que sienta las bases de la recuperación de la soberanía alimentaria.
- Generación de dispositivos político-legales y educativos acordes con esas nuevas formas de lo económico y lo social. Socialización de la política [1] .

Ante estas medidas dos aclaraciones.

La primera es que las condiciones generales de vida en el plazo inmediato tras su paulatina adopción serían ciertamente difíciles (esto debe ser asumido y explicado a la población), pero nunca tan atroces como las que esperan de seguir por el camino del tardocapitalismo degenerativo.

La segunda es que para que tengan posibilidades de sedimentarse es obligatorio buscar la internacionalización de todas esas medidas, a través de la constitución de luchas y sujetos internacionales.

Punto 4. Pero aun así el gran desafío estratégico que queda es ¿cómo se construyen las fuerzas capaces de modificar la correlación de fuerzas para llevar a cabo esas medidas?

Pregunta que haría de subdividirse en dos:

1. ¿Por dónde empezamos?

Respuesta: por la constitución por doquier de franjas de constructores sociales y políticos, sin los cuales es imposible imaginar siquiera respuestas estratégicas a las embestidas del Capital.

Esas franjas permiten pensar en una masa crítica para poder inducir la configuración de l@s explotad@s, exclud@s y discrimiad@s en fuerzas sociales y políticas capaces de pensarse a sí mismas como sujetos portadores de un proyecto de cambio social, esto es como sujeto político, más allá de su forma-multitud reactiva.

La fuerza social se refiere a segmentos de población organizados que, pertenecientes a determinados sectores sociales, son reconocidos por éstos y por otros adyacentes como fuerza de opinión y lucha en torno a sus problemáticas relevantes. Es, por tanto también, expresión de legitimidad de ese segmento de población organizado.

Una fuerza teórico-programática resulta de la sistematización de la experiencia propia para otorgar sentido al problema de la construcción y el cambio social. La fuerza teórica es la expresión de la potencia movilizadora y la verosimilitud de una visión precisa pero abierta de la realidad y su transformación.

La fuerza política es la síntesis de una fuerza social y una fuerza teórica cuya emergencia y realización ocurre en el campo de la acción, que se caracteriza por su capacidad convocante, dada su legitimidad y verosimilitud, y que por tanto es capaz de definir objetivos y caminos susceptibles de transformarse en práctica política y social alternativa a partir de las condiciones existentes.

Entendida de este modo, resulta evidente que la fuerza política no puede confundirse con la fuerza orgánica que opera en el ámbito de la política con minúsculas institucional. La fuerza política no puede sino entenderse como síntesis de un proceso de construcción de sujetos cuya primera manifestación es el logro de una masa crítica ampliada.

El primer objetivo consiste en llamar a un proceso constituyente que modifique constitucionalmente las reglas del juego. La oportunidad viene deparada en 2012 por el bicentenario de la elaboración por las Cortes de Cádiz de la

Pepa.

2. ¿Con qué fuerza-organizaciones hacemos esto?

Aquí radica el meollo de nuestro imprescindible debate.

Primero, decidir si aceptamos o no el arduo camino de la ruptura para la transformación (si queremos ser una “Tercera Fuerza” a corto plazo y una fuerza con vocación hegemónica en el medio término). Y si nos dotamos de unas mínimas líneas (con concretas medidas) estratégicas.

Segundo, si fuera así, ¿cuál es la “fuerza-organización” en la que debemos o estamos poniendo nuestra energía para ello?

Si no queremos que un embrión de esa fuerza sea Socialismo21, ¿quién o qué pretendemos que lo sea? ¿Qué debe ser S21?

Es hora improporrogable de definirse para poder empezar a hacer ya lo ineludible.

¿Cuál es nuestra opción?

Notas

[1] Cada vez más propuestas concretas a este respecto son elaboradas desde distintos foros y colectivos sociales, como por ejemplo el trabajo conjunto de Vivir en Deudocracia. Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón también se han tomado la molestia de realizar propuestas muy detalladas y bien fundamentadas. Por eso aquí no se trata de efectuar una y otra de esas labores, sino de formular líneas programáticas estratégicas sobre las que discutir en una organización que quiere ser transformadora. Para ver si se está de acuerdo en lo básico.

* El autor es profesor

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una licencia de Creative Commons, respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.

II
SEMINARIO
INTERNACIONAL
DE

EDUCACIÓN Crítica PARA LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO

MADRID - JUEVES 1, VIERNES 2 Y SÁBADO 3.

Se acaba el tiempo
21-09-2011

Andrés Piqueras
Rebelión

1. Se acaba el tiempo del reformismo.

La opción reformista, que bien pudiéramos llamar “socialdemócrata”, en cuanto que forma de regulación de las relaciones Capital/Trabajo fue común, con diferentes grados de desarrollo, a las formaciones sociales centrales y semicentrales, y tuvo sus sucedáneos en ciertas expresiones populares de algunas de las formaciones periféricas.

La socialdemocracia “clásica” se confinó a sí misma dentro de los límites del keynesianismo a partir del Congreso de Bad Godesberg del SPD alemán, en 1959 (desde entonces ya no contemplaría al sistema capitalista como un orden a superar).

En las formaciones centrales el movimiento obrero era en alta medida encauzado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro de la opción reformista (socialdemócrata) y el marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en dinámicas de negociación y de conciliación de intereses contrapuestos.

En adelante, en el ámbito general del macrocorporatismo propio de las formaciones centrales de esta fase, sus objetivos estarían basados en la lucha por un mejor reparto de la plusvalía, pero ya no contra la apropiación privada de la misma. Por eso tanto los aparatos sindicales como las opciones políticas socialdemócratas se subordinaron al crecimiento capitalista y vincularon su suerte al mismo.

Su “estrategia” degradada (o su subordinación estratégica) se asentaría en lo sucesivo en la consideración de que en una economía capitalista todos los sectores de la sociedad dependen en un grado u otro de la inversión privada para el crecimiento económico, para el empleo y para la recaudación de impuestos para el gasto público. Si la tasa de ganancia de las empresas capitalistas locales desciende (si la correlación salarios/ganancia es demasiado perjudicial para el Capital) habrá una desinversión y por tanto los salarios y conquistas obreras perderían lo logrado hasta el momento.

Estas son las claves que todavía acompañan hoy a la izquierda integrada que pretende, contra toda lógica económica e histórica, la prolongación indefinida de la fase keynesiana capitalista y la perpetuación electoral de sí misma dentro de ese modelo.

Sin embargo, con la inflexión en la acumulación que se produce entre el final de los años 60 y el principio de los 70 del siglo XX, la socialdemocracia extremaría su subordinación y su fusión con el gran capital, dando señales inequívocas de que su auténtica vocación estaba del lado de la acumulación capitalista, aunque ésta ya no fuera acompañada de mejoras en la situación del Trabajo.

A tal punto llegó esta subordinación que en 1975 el Ministro para Asuntos Ambientales de Inglaterra, Anthony Crosland, intentó de alguna forma dar una lavada de imagen a la socialdemocracia europea, mediante los que se conocerían como principios de Crosland: democracia con justicia, anteposición de la dignidad humana a la rentabilidad económica, equidad entendida como redistribución.

Obviamente, todo eso no sólo quedó en nada sino que a partir de la década de los 90', con la transnacionalización del capital, la socialdemocracia se hunde un escalón más al plegarse al nuevo orden de cosas impuesto por aquél bajo el pseudónimo de “neoliberalismo”, convirtiéndose (como neosocialdemocracia) en la versión débil del antiguo reformismo: no tan preocupada ya por la redistribución, sino por la paliación y prevención de ciertas marginalidades, sobre todo las potencialmente disruptivas, y el mantenimiento de ciertos poderes adquisitivos entre las capas medias de la población.

Sus propuestas sociales, en adelante, no pasarían de hacer algunos retoques rosas en la esfera de la circulación-reproducción (sobre matrimonios gays, declaraciones de igualdad de género, violencia doméstica, dependencia, etc.), para no tocar en absoluto la extracción de plusvalía a mansalva en la esfera de la producción (lo que de paso, dejaba desnudos y sin base material a aquellos retoques).

Y es que en general, en el tardocapitalismo o capitalismo degenerativo un conjunto de procesos se concitan para agotar la vía reformista:

- La actual incapacidad del capital para mantener la acumulación y por tanto su falta de incentivos que ofrecer a las clases subalternas.
- Su creciente capacidad, en cambio, para sustituir a la fuerza de trabajo, o desplazarse en busca de los mejores locus de inversión.
- La caída del Segundo Mundo y con él, el contrapeso mundial ejercido por un bloque histórico de poder.
- La derrota política, militar e ideológica de los sujetos de clase a escala universal.

Con la ‘crisis’ actual se precipita el suicidio del proyecto histórico de la socialdemocracia, que no es otro que el del capitalismo organizado y con él la regulación en alguna medida bidireccional del antagonismo Capital/Trabajo. Con ello entra en implosión también el espacio de lo social y se desvanece la opción reformista.

¿No habrá, entonces, posibilidades de que en adelante el modo de producción capitalista reedite versiones socialdemócratas de sí mismo? Las condiciones son cada vez más difíciles, pero pudiera ser que se iniciara un nuevo ciclo de acumulación reformista, esto nunca está descartado. Sin embargo, lo más probable es que no pudiera afectar o incluir sino a porcentajes cada vez más pequeños de población.

Así que...

2. Se acaba el tiempo de la izquierda integrada.

Amoldándose a la descomposición de la socialdemocracia es que los Partidos Comunistas, las coaliciones creadas en torno a ellos y algunas otras organizaciones políticas antes “radicales”, se desplazaron hacia la derecha a partir de los años 70 del siglo XX, intentando ocupar el espacio que aquella iba dejando vacío, renunciando a preparar la transformación socialista en aras de la “real politik”, traducida en adelante por intentar preservar ciertas conquistas sociales. El autodenominado “eurocomunismo” fue el gran impulsor de todo ello.

El electoralismo y, en general, el oportunismo político de estas organizaciones les fue haciendo perder militancia, al mismo tiempo que ellas iban abandonando la calle. Esto no ha sido óbice para que continúen intentando erigirse en interlocutores entre la masa y las instituciones, a partir de aparatos orgánicos inmodificados, con estructuras de organización y jerárquicas caducas, puestas a servicio, como todo su aparataje, de las opciones electorales.

Así, organizaciones como IU se mueven entre las diversas marcas blancas de la socialdemocracia (Iniciativa, Compromis, Entesa, Verds, Equo...) compitiendo con ellas con la intención si no ya de hegemonizar el espacio social (ya no puede aspirar a tanto), al menos de aprovechar ese espacio cuando se mueve aun a costa de ella misma y de su abandono de la lucha social.

Sin embargo, esas organizaciones políticas y sindicales [1] pueden verse todavía tentadas a desempeñar el papel de la “izquierda respetable”, la que, como hizo siempre, demuestra al status quo que es capaz de aplacar y reconvertir hacia la pulsión electoral las efervescencias sociales más disruptivas. Todo ello a cambio de cierto reconocimiento y apoyo institucional como fuerzas de interlocución (garantizándose así un espacio al sol para sus estructuras copulares). En estos próximos meses vamos a ver si unas y otras se decantan por esta opción, como todo parece indicar, dado que siguen basando su degradada “estrategia” en pedir el voto.

Pero el capital degenerativo está cerrando cada vez más ese espacio, el electoral, como vía de cambios o como medio para que el Trabajo pueda incidir de alguna forma en la política.

- Primero llevó a cabo la des-substanciación de las instituciones de representación popular, creando o empoderando entidades supraestatales ajenas a cualquier tipo de elección democrática (Bancos Centrales, Comisión Europea, G-7, FMI, OMC...)
- Después supeditó las leyes estatales a las supraestatales, liquidando la soberanía del Estado-nación incluso para poder tener una política económica propia (y en el caso de la UE ni siquiera una moneda soberana), autosubordinándose a los mercados financieros y a sus agencias (estadounidenses) evaluadoras de riesgos.
- Y finalmente modifica las propias constituciones, de manera que sea ‘anticonstitucional’ intentar cambiar la falta de soberanía, al tiempo que empieza a tomar medidas para expulsar de forma directa a los partidos minoritarios de la contienda electoral (a través de la exigencia de una gran cantidad de avales para poder presentarse).

Si ya tradicionalmente desde la II Gran Guerra Interimperialista, para acceder a los parlamentos capitalistas ha habido que contar con todo un entramado empresarial-mediático, una maquinaria electoral dependiente de los grandes poderes económicos (a los cuales quedan deudoras -y no sólo económicamente- las fuerzas en liza, sean de las siglas que sean), ese espacio se va concentrando a imagen de los procesos de concentración del capital. La oligopolización del espacio político institucional implica que cada vez más quienes tienen acceso a él en exclusividad son grandes bloques de poder financiero-empresarial-mediáticos, salvo en las escasas situaciones sociales en las que la concienciación y la lucha política están muy desarrolladas.

Por eso si es verdad que siempre hubo que tener en cuenta la estrategia de “las dos patas” (la institucional-electoral y la organizativa de base para la construcción del sujeto social), en la actualidad los mayores esfuerzos deben concentrarse en la segunda opción, dado que el Capital oblitera cada vez más tanto:

- a) la vía electoral como
- b) la vía de la negociación en general

El asalto definitivo a esta última está entre los objetivos inmediatos de la maquinaria política de lapidación social del capital.

Hay un antes y un después del “golpe blanco” constitucional que se ha dado en España en agosto de 2011. Ninguna fuerza política subordinada que no sea capaz de entender esto tendrá gran cosa que hacer en adelante, más allá de intentar perpetuar a sus cúpulas en las sillitas en torno a las grandes mesas de poder.

3. Se acaba el tiempo para los sujetos antagónicos.

Frente a todo ello, las reacciones del Trabajo, tanto del garantizado como del precariado, son todavía lentas, ambiguas y plagadas de obstáculos y contradicciones.

Aunque comienzan a superarse algunos lastres del basismo social, ya sabemos por hartos obvios y repetidos los límites de la mayor parte de los levantamientos populares en las formaciones sociales del tardocapitalismo:

- Para empezar, su subordinación ideológica al Capital, expresada a través de ingenuos reclamos a las estructuras de poder para que se modifiquen por sí mismas.
- La falta de organización coordinada y coordinadora, con planificación táctica y capacidad de ejecutar

acciones con la rapidez y flexibilidad que requiere cada momento.

- El desprecio (más o menos amplio) por la intermediación política, es decir, por las organizaciones y partidos que median entre los poderes y las personas. Suscitado ello bajo la fofa ideología de la sociedad civil (“todos somos sociedad civil”). Como si los agentes del Capital y los del Trabajo, vistos todos como “ciudadanos”, pudiesen tener interlocución mutua sin mediaciones (como si entre desiguales pudiera darse el “diálogo” en vez de la negociación).
- Se prescinde a menudo de los análisis de situación nacional e internacional, y se descuidan los objetivos de mediano plazo.
- Se confunde todavía el asamblearismo y el democratismo (fácilmente manipulables por grupos organizados o paralizables por cualquiera) con la democracia.
- Hay muy escasa capacidad de trascender las meras alianzas coyunturales en negativo, contra algo, para dar paso a sujetos colectivos propositivos, con proyecto de sociedad.

Aunque es cierto que algunos de estos puntos se están corrigiendo a marchas forzadas, y el DRY es un buen ejemplo, el problema es que la aceleración de la crisis estructural y la acentuación de la vertiente represiva del sistema van dejando muy poco margen de tiempo para la corrección y el aprendizaje previos a la profundización de la descomposición social.

Pero además, lo que es realmente importante: esos movimientos, esos sujetos, ¿pueden emprender por sí mismos la contestación a los grandes desafíos sistémicos?

¿Se puede dar una “revolución ciudadana” sin ciudadanía, sin sujetos organizados, sin organización sociopolítica?

Ya hemos visto lo que ha pasado con las revueltas árabes, llevadas a cabo sin sujetos organizados. ¿O hay que repetir una vez más los límites del espontaneísmo?

Lo que quiere decir que igualmente...

4. Se acaba el tiempo para la izquierda integral (transformadora).

¿Cuáles son las formas organizativas hoy capaces de enfrentar con alguna garantía las cambiantes expresiones del Capital y la nueva heteroclitid de las relaciones Capital/Trabajo?, ¿quiénes son los sujetos en condiciones de emprender las drásticas transformaciones que esos procesos requieren?

Seramente heridas las vigesimonónicas creaciones organizativas del Trabajo por la deriva estalinista y su posterior humillante final; aniquilados en buena parte del mundo los sujetos antagónicos al Capital; desdeologizadas y sin referentes alternativos las poblaciones de la mayor parte del planeta, no parecen contemplarse muchas posibilidades de actualizar vanguardias al estilo “puro” de otros tiempos (o en su caso, que éstas tuvieran masiva capacidad de atracción).

Por eso, más allá de esa tentación, la izquierda integral tiene la obligación de intervenir acorde con las cambiantes relaciones sociales de producción, así como las actuales expresiones que adquiere el Trabajo y las nuevas subjetividades que les son anejas. Consecuentemente con ello, se tendrán que imponer otras formas organizativas en todos los terrenos, que habrán de engarzarse más allá de la distinción entre esferas productiva y reproductiva, ya fundidas de hecho por el Capital (superando, de paso, las alienantes escisiones del ser humano entre trabajador y ciudadano, y ciudadano y excluido, claves de la sociedad capitalista).

En realidad, las fuerzas del Trabajo hoy deberían ser conscientes de que la construcción de todo un metabolismo social diferente capaz realmente de alumbrar otro tipo de sociedad, no puede aplazarse para un futuro supeditado bien a la acumulación de reformas o bien a la toma del poder (con minúsculas). Pues esa tarea, que hay que comenzar desde el principio con praxis concretas, disuelve la esquizofrénica dicotomía reformismo-revolución, a la que se vinculaba la tramposa dualidad objetivos inmediatos / objetivos finales que durante tanto tiempo entretuvo a la izquierda. Ella nos lleva a la necesidad de pasar a una actitud ofensiva superadora del paralizante repliegue defensivo del Trabajo desde la fase de capitalismo monopolista estatal-keynesiano (ofensiva que jamás puede confinarse en el ámbito político-institucional).

Uno de los puntos nodales de tamaño empresa transformadora pasa por el reconocimiento e inmersión del

movimiento obrero y sindical en la "fábrica social". La incorporación a su praxis de las líneas de fractura que motivaron el surgimiento de otros sujetos antagónicos.

Del mismo modo, éstos deben entender que su lucha también es, además, una lucha de clase. Es decir, que las posibilidades del Trabajo como sujeto transformador pasan por el autorreconocimiento de su proletarización, además de reconocer y visibilizar los apellidos (diferencias) que en cada caso pueda tener esa condición. Ninguna de esas vertientes antagónicas sin las otras abarca la completud de lo que significa hoy la colonización social del Capital.

En definitiva, recordemos una vez más a Gramsci: el "vanguardismo" es una sobrevaloración del nivel consciente y privilegiado de ciertas dirigencias que a menudo se arrojan la autodefinición de "intelectuales" y que promueven funcionamientos verticales, de seguidismo de arriba a abajo. Mientras que el "espontaneísmo", por el contrario, pasa por la confianza casi irracional en la fuerza creadora e incluso autorreguladora de las masas, cual ente con vida propia o comunidad que se autoorganiza y planifica por sí misma.

5. Se nos acaba el tiempo.

Frente a estos graves errores, hay dos vertientes que debe combinar cualquier fuerza de izquierda: la de la construcción social (de las propias fuerzas) y la de la dirección política (frente a otras fuerzas). En estas circunstancias la prioridad en (casi) todos los lugares de las organizaciones sociales y políticas de izquierdas transformadoras debe ser la construcción de sujetos.

Por otro lado, en el actual contexto de madurez de la última contrarrevolución capitalista, global, significa que la vieja dialéctica entre sujeto y proyecto debe ser resuelta desde una perspectiva de construcción de alternativas, más que de tácticas de resistencia, ya que hace tiempo que el Capital rompió los diques de contención.

La contribución a la gestación de sujetos que confluyan en movimientos sociales y movimientos políticos con vocación y posibilidades de transformar sólo puede hacerse desde el propio movimiento, esto es, desde una organización-movimiento que trascienda definitivamente el electoralismo y el parlamentarismo de lo que queda de la izquierda keynesiana.

Pero entonces, ¿cuáles son los pasos a dar para que los dominados se constituyan en sujetos y poder construir nuevas fuerzas sociopolíticas alternativas?

Antes que nada, si alguna posibilidad hay de resolver en positivo esta pregunta, sería necesaria la constitución por doquier de franjas de constructores sociales y políticos, sin los cuales es imposible imaginar siquiera respuestas estratégicas a las embestidas del Capital.

Esas franjas permiten pensar en una masa crítica para poder inducir la configuración de l@s explotad@s, excluíd@s y discriminad@s en fuerzas sociales y políticas capaces de pensarse a sí mismas como sujetos portadores de un proyecto de cambio social, esto es como sujeto político.

Este proceso debe ser complementado con la tarea de la dirección política (es decir, la dirección teórica e ideológica), que implica paralelamente la necesidad de la formación política. Tareas tanto más urgentes y necesarias en cuanto que han sido casi totalmente abandonadas por la izquierda keynesiana o integrada.

Fruto de ese abandono es que hoy no contamos con realizaciones teóricas de verdad a la altura de las circunstancias, capaces de coadyuvar a la empresa de dirección política.

La interpenetración de capitales mundiales, los cambios en la estructura de poder de las clases dominantes y la recomposición de las relaciones de poder entre ellas y las subordinadas, las mutaciones en las dinámicas de división internacional del trabajo, o el propio porvenir del Capitalismo como Sistema Mundial, hace que sea cada vez más urgente un esfuerzo colectivo por reelaborar teorías del poder, de la dominación, del imperialismo, capaces no sólo de dar cuenta de sus actuales dimensiones y perspectivas, sino de prever sus evoluciones.

Esta tarea sólo puede ser llevada a cabo por un intelectual orgánico de amplias dimensiones (a imagen de la

propia transnacionalización del capital).

Como diría ese filósofo tan apreciado hoy por la izquierda, Žižek, se trataría de repetir a Lenin (lo que hizo Lenin), sin repetir a Lenin -sin copiar un modelo pensado para unas coordenadas sociohistóricas y políticas concretas-.

Enorme desafío (como para seguir distrayéndose con cantos de sirena de una fase capitalista que ya no volverá, o con viejas y estériles rencillas).

Y es que...

Se acaba el tiempo. “Es la hora de los hornos”, que diría Martí.

Es la hora de las luchas.

Notas.

[1] Las cúpulas de CCOO y UGT (sindicatos españoles), por su parte, ya sólo intentan recuperar parte de la legitimidad perdida, “sumándose” ahora, cuando se están quedando sin estructura ni delegados, al movimiento de la calle que les ha desbordado. Esto les ha hecho perder la exclusividad en la movilización social; con lo cual ya no pueden venderse tan fácilmente como reguladores de la “paz social”, por lo que en el capitalismo degenerativo pierden importancia también en este sentido.

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una licencia de Creative Commons, respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.